

Inquietud ante las cosas

HUGO R. MANCUSO

In memoriam Adolfo P. Carpio

En nuestra última nota editorial¹ planteábamos, entre otras cuestiones, una reflexión epistemológica acerca de la relación entre la investigación y los protocolos científicos derivados en el contexto presente, explicitando ciertas dudas relativas a la inconsistencia entre la declarada apertura del pensamiento crítico y las prácticas culturales que encubren un impiadoso control social que no permite el más mínimo atisbo de crítica, especialmente en ámbito científico-académico, con lo cual la ciencia corre el serio riesgo de devenir, simplemente, dogma.

Este estado de cosas se debe, obviamente, a una acción coordinada de distintos ámbitos de la cultura² de modo constante, hegemónico y sostenido desde hace ya décadas, habiéndose intensificado en la última: desde la educación en sus distintos niveles hasta los medios masivos de comunicación (en toda su extensión: orales, visuales, escritos) editorializados monológicamente pasando por las diatribas de ideólogos y políticos.

El resultado práctico es la paulatina desaparición del más mínimo disenso y la difusión de sutiles formas de censura que ahogan la reflexión crítica y la práctica científica. En suma, el mismo pensamiento *latu sensu* el cual deja paso a una razón que ya no es solamente instrumental sino simplemente contable (económico-cuantitativa) y que en última instancia responde *exclusivamente* a intereses comerciales del capital global y de su beneficio, altar al que se sacrifica todo principio y toda ética.

El tumor maligno de esta metástasis planetaria, extendida a casi todo rincón del orbe, radica curiosamente en las universidades tal como se reformaron en las últimas décadas, transformando a los templos del pensamiento libre en instrumentos utilitarios del control social y de la hegemonía posmoderna.³

Esta mutación nace a partir de la extinción paulatina pero firme de dos formas de catedráticos, el «académico» y el «eruditio» los cuales son paulatinamente reemplazados por los técnicos y especialistas que piensan y actúan, verticalmente, como simples burócratas gubernamentales, generalmente fanatizados, incluso en exceso.

Las primeras víctimas de este proceso son los estudiantes y mediante ellos, el futuro mismo de la ciencia y de la cultura.

1 Véase Acta Psiquiátr Psicol Am Lat. 2022;68(4):207-9.

2 Al decir de J. Lotman, los llamados *sistemas modelizantes* «secundarios» (literatura, artes, religión) y «terciarios» (epistemología, metodología, ciencias básicas) derivados del «primario», a saber, el lenguaje natural (oral, visual y escrito) (véase [3]).

3 En efecto recordemos que las universidades —nacidas a fines del Siglo XI— surgieron como entidades autónomas tanto del Imperio como del Papado, con el objetivo de cultivar el pensamiento y la ciencia derivada en toda su *universitas*, es decir en su universalidad de perspectivas y disciplinas sin alguna exclusión.

Cuando los especialistas ocupan el lugar de los catedráticos, tienen poco que enseñar que vaya más allá de su pequeño campo de experiencia, el cual paradójicamente es generalmente ya sabido —en su doxa aceptada e iterativa y no discutida ni discutible— y sólo se limitan a buscar el acatamiento de esa opinión y nunca su discusión dialógica en un auditorio crecientemente pasivo porque, precisamente, la discusión está muy mal vista e implícitamente censurada, so pena de ser estigmatizado como rebelde aquel que discuta, aunque se lo llame reaccionario.

Pero aun cuando no fuese así el *ethos* de esta «nueva escuela social integral» resta el hecho de que acerca de las otras áreas distintas a su campo de especialización, el experto es tan ignorante como los estudiantes, sino más, porque incluso desconoce que no lo sabe. Cuando los expertos enseñan su especialización, el contenido es demasiado avanzado para que los estudiantes lo entiendan y, si los expertos se adentran en áreas más amplias de la disciplina general, su discurso se vuelve *amateur*, obvio, incluso ridículo. El declive de la sabiduría y de la libertad en el mundo académico que ha ocurrido en las últimas décadas, se debe a este cambio empobrecedor.

De los tres tipos ideales de profesores universitarios: el académico, el erudito y el especialista, el académico es el que combina un profundo conocimiento de un campo de especialización con un sólido conocimiento de otras áreas disciplinares. Hasta los años 70 la mayoría de las universidades de Europa y América tenían mayoría de académicos. Los académicos difundían el conocimiento combinado con sabiduría, porque un gran académico no sólo es un investigador, sino también un gran maestro.

Con el académico, el erudito también está desapareciendo. A diferencia del académico, el erudito en su forma pura no se destaca en una especialización. Sin embargo, su fortaleza es un conocimiento amplio y preciso de la mayoría de los campos de su disciplina y su capacidad comunicacional y didáctica para llevar sus conocimientos a los estudiantes. El erudito abre las puertas al conocimiento. Conoce las muchas entradas que existen y las muchas maneras de encontrar el camino a través del laberinto de su bosque narrativo.

Cuando todavía había académicos y eruditos en las facultades, no sólo los estudiantes obtenían beneficios sino también los expertos. Los académicos y los eruditos fueron los promotores de la comunicación, de la divulgación. Fijaron la agenda de las facultades en una discusión común (no en una *doxa* o dogma único) determinando líneas de investigación y objetivos, lo suficientemente abiertos como para acoger la universalidad de perspectivas y enfoques disciplinares sin excluir *a priori* a ninguno.

En el pasado, los eruditos y académicos generalmente dictaban las materias introductorias y los seminarios de especialización al final de las carreras, problematizando la disciplina y comparándola con otras áreas y ayudaban a los estudiantes a continuar con confianza en la línea emprendida o elegir otro camino actuando como tutores. En la universidad moderna, esto ha terminado. Hoy en día, la mayoría de las universidades relegan las materias introductorias a docentes interinos o noveles. Estos asistentes están al principio de su carrera y no pueden ser expertos en la disciplina que a tientas enseñan. Paradójicamente esta erosión está más avanzada en las denominadas instituciones de «élite», donde también está más presente el temor a la incorrección política y a la censura (véase [2]).

A esta situación se le suma otra problemática latamente práctica. Con el tiempo, la suma global de la financiación de la universidad tuvo que dar paso a la financiación externa, estatal pero también privada, ya no de fundaciones o legados sino del complejo industrial transnacional que, para naturalizar su lucro, necesitaba ponerse el «manto de la ciencia». La ciencia pura dejó espacio al científico, pero en su peor forma, al rentado. Así el «científico» se convirtió en un empleado a sueldo del complejo industrial (farmacéutico, agroindustrial, armamentístico, edilicio) y los excluidos del lucro desmedido de las disciplinas serias (o sea el conjunto de ciencias sociales, ya no «humanas») encuentran su función en ser coordinadores educativos, gestores culturales, comunicadores propagandísticos o simples gerentes y custodios de la «nueva» universidad y de la «nueva» sociedad. Ellos también utilizan su ciencia de modo utilitario y técnico como simples constructores de consenso y no como estimuladores del pensamiento crítico.

Una confirmación de lo precedente se encuentra en la siguiente paradoja: mientras que la producción de artículos científicos ha crecido, su calidad ha disminuido. En toda la gama de las ciencias naturales y del comportamiento, la llamada «crisis de irreproducibilidad» ha puesto en duda la fiabilidad, incluso los resultados más destacados. No reproducir la investigación publicada afecta a una amplia gama de disciplinas, que van desde la medicina y la psicología hasta las ciencias sociales. Las meta-investigaciones han revelado que los estudios posteriores no pueden reproducir los resultados establecidos. El problema abarca la aplicación incorrecta de las estadísticas, las técnicas de investigación sesgadas, la falta de responsabilidad y el pensamiento político del grupo. La presión de «publicar o perecer» ha llevado a la cultura científica a lograr resultados pseudo-positivos, incluso si no están justificados por la base de datos.

Estudios relativamente recientes, casualmente o no, todos *ante «pandemia»* [1] muestran que la mayoría de los hallazgos de investigación publicados en medicina y ciencias de la salud son falsos, en tanto no contrastados como mínimo. Ciertos estudios confirman que la mayoría de las publicaciones contienen datos y experimentos que no se pudieron reproducir, sean de terceros o incluso propios. Otras investigaciones muestran que el fraude absoluto está detrás de muchos de los resultados fabricados tal como demostró el escándalo Sokal⁴ de hace años y nuevos engaños perpetrados con documentos inventados que revelaron el sesgo político de algunas revistas académicas, apoyadas propagandísticamente por los medios masivos de comunicación, especialmente la radio y la televisión y, recientemente, las llamadas «redes sociales».

Cuanto más dominen los especialistas en una universidad, más se debilitará el propósito original de la misma por educar y promover el conocimiento. Además, la medición numérica del desempeño se convierte en un flagelo en áreas como la educación, que es mucho menos adecuada para la evaluación numérica que para las empresas comerciales. Como explica Jerry Z. Muller «la aplicación de criterios formales para medir el rendimiento académico contribuye poco a los conocimientos avanzados, pero ha dado lugar a juegos de azar, trampas y desviación de objetivos» [4, p. 121]. Además, la hiperinflación de reglas y regulaciones dificulta el propósito original de la universidad, ahogando, como mínimo, la creatividad. A su vez los incentivos y las becas estatales o privadas a la investigación favorecen al técnico especialista generalmente ya empleado por el sistema al cual sirve acríticamente, a pesar de la declarada preocupación de los consejos de investigación por evitar la llamada «endogamia» académica que, en realidad, mediante estas políticas, la promueven.

⁴ Véase Sokal [5].

En muchas áreas, la producción académica ha alcanzado una etapa de rendimientos decrecientes y el progreso científico se ha estancado. La confianza pública en la ciencia aún se mantiene, pero la atracción de las pseudociencias está aumentando y solo hay un pequeño paso desde la popularidad de las pseudociencias a la anticiencia. Máxime cuando la ciencia oficial se convierte en su opuesto y los hechos cotidianos refutan a la misma, aun cuando la batería comunicativa trate de ocultarlo denodada y desesperadamente.

En muchos campos, aumenta la conciencia de que la desaparición del académico ha empobrecido la vida intelectual en las universidades. El declive de las universidades se ha acelerado en las últimas dos décadas coincidentes con la expansión geométrica de la omnímoda virtualidad, y de la invasión no tanto del estado cuanto del gobierno, ya no nacional sino de la gobernanza global trans— o incluso anti—nacional.

Para finalizar, repetimos la conclusión de nuestra editorial anterior: así como el acto médico no puede ni debe anularse o suspenderse en nombre de ninguna imposición protocolar de las autoridades sanitarias nacionales, internacionales o trasnacionales, ni de las indicaciones de las diversas industrias involucradas, tampoco el científico debe orientar sus preguntas o sus dudas en nombre de la disciplina burocrática de los consejos científicos o los colegios profesionales ni de las universidades ni de la academia.

Referencias

1. Baker M. 1,500 scientists lift the lid on reproducibility. *Nature*. 2016;533(7604): 452-4. PMID: 27225100. DOI: 10.1038/533452a.
2. Deresiewicz W. The Disadvantages of an Elite Education. Our best universities have forgotten that the reason they exist is to make minds, not careers. *Am Scholar*. 2008;June 1:121-39. Available from: <https://theamericanscholar.org/the-disadvantages-of-an-elite-education/>
3. Lotman J. Escuela de Tartu. Semiótica de la Cultura. Madrid: Cátedra; 1979.
4. Muller JZ. *The Tyranny of Metrics*. Princeton: Princeton University Press; 2018.
5. Sokal AD. Transgressing the Boundaries. Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity. *Soc Text*. 1996;46-47:217-52. DOI: 10.2307/466856